

Sumario

En el contexto de la postmodernidad el autor se pregunta si es pertinente hablar de Dios en y desde América Latina. Para esto, parte del cuestionamiento de Tercio Millennio adveniente, acerca de la responsabilidad que le cabe a los cristianos por no haber manifestado el genuino rostro de Dios; por eso, el problema de fondo es qué divinidad están negando los que se llaman ateos y qué divinidad confiesan los que se dicen creyentes religiosos. La clave para el discernimiento de Dios está en la encarnación del Hijo, afirmación y garantía del ser humano, manifestación de su solidaridad con la humanidad y expresión de su victoria sobre el mal y el sufrimiento. El autor concluye su reflexión respondiendo a las preguntas para qué hablar de Dios, de qué Dios hablar y cómo hacerlo.

¿Hablar de Dios en la postmodernidad? en y desde América Latina

P. Jesús Espeja O.P.

Dominico, Doctor en Teología; Director del Aula Fray Bartolomé de las Casas, La Habana-Cuba; profesor emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca; profesor del ITEPAL; autor de numerosas publicaciones de teología y espiritualidad.

Como la fe cristiana es siempre histórica, la reflexión teológica que se mueve en el interior de esa fe, se hace también desde una situación concreta. Estas reflexiones fueron hechas desde y para la situación de Cuba¹.

Pero, admitiendo la pluralidad de situaciones y de procesos, proporcionalmente son válidas para los pueblos latinoamericanos, y también para otras latitudes. A todos los cristianos, en los umbrales del tercer milenio, Juan Pablo II lanzó un serio interrogante: viendo la indiferencia religiosa y la desbordante irreligiosidad, “¿qué parte de responsabilidad debemos reconocer también nosotros por no haber manifestado el genuino rostro de Dios a causa de los defectos de nuestra vida religiosa, moral y social?”². Tal vez la indiferencia religiosa y la desbordante irreligiosidad son más patentes en los pueblos europeos tradicionalmente cristianos; en los países de América Latina y el Caribe la religiosidad es todavía un fenómeno bien palpable. Pero los obispos latinoamericanos han denunciado ya la secularización que va entrando en estos pueblos, y por otra parte la misma religiosidad debe ser evangelizada con el anuncio de Dios revelado en Jesucristo.

1. Pertinencia y enfoque del tema

Intencionadamente introduzco en el título la palabra “postmodernidad”. Por lo que últimamente observo, en estos pueblos latinoamericanos se mezclan alborotada y confusamente premodernidad, modernidad y postmodernidad. Pero en este dinamismo lo que va ir prevaleciendo es la postmodernidad, que ya nos están vendiendo en el paquete de modernización. En esta etapa, sin embargo, la religiosidad persiste y es urgente discernir cómo se identifica el cristianismo

¹ Conferencia impartida en el Aula “Fray Bartolomé de Las Casas”, La Habana, 28 de Enero del 2005, fiesta de Santo Tomás de Aquino.

² Carta Apost. *Tertio Millennio adveniente*, 1994.



con el sentimiento religioso y con las prácticas de religiosidad marcada muchas veces por el sincretismo.

Para desbrozar el terreno adelante por qué me planteo el tema de Dios, donde está la cuestión de fondo, desde dónde hago ahora mi reflexión.

1.1 *Tres flancos que cuestionan*

Teólogo europeo, alcanzado por los aires renovadores del Vaticano II, fui sensible a *la transición política de la sociedad española*: no resulta fácil el paso del nacional catolicismo, donde la Iglesia y Dios gozaban de una presencia oficial indiscutible, a una sociedad secular, plural y rabiosamente humanista; mientras unos seguían empeñados en mantener el nacional catolicismo, otros trabajaban con todas sus fuerzas para que Dios y la Iglesia pasaran del monopolio al expolio; se vio ya en las discusiones sobre la conveniencia del que el término “Dios” apareciera en la Constitución de 1978. Últimamente se está planteando la misma cuestión en los organismos centrales de la comunidad europea. En el fondo es la tensión que se manifiesta cuando se habla de “cultura cristiana” como denominador común del continente europeo. Durante las últimas décadas está cundiendo, como resultado del proceso moderno en su versión europea, una indiferencia religiosa masiva. Ya en 1953 M. Buber constató: “el oscurecimiento de la luz del cielo, eclipse de Dios, tal es el carácter de la hora histórica que nos toca vivir”³. Dado el sistema único que, portador de una nueva cultura, se va infiltrando con fuerza y con prisa en los pueblos latinoamericanos, parece razonable pensar que, si bien con versión propia, el eclipse de Dios también vaya cubriendo el cielo de estos pueblos.

Otro elemento para entender mi planteamiento del problema sobre Dios *es la compleja situación cubana*.

En una primera mirada –sin duda sólo aproximativa y tal vez un poco simplista– se ve que unos, revolucionarios con el socialismo

³ M. Buber, *El eclipse de Dios* (Salamanca 2003) 55.



marxista, en un momento determinado se declararon ateos porque juzgaron a Dios y a la religión, concretamente a la católica, como factores nocivos que dificultan la independencia y la liberación del pueblo. Mientras otros, buscando su salvación en una divinidad que habita detrás de las nubes, nada quieren saber de evoluciones sociales. Unos piensan que para la realización de los seres humanos, hay que acabar con Dios y la religión; y otros se aferran a una divinidad, como refugio, paliativo y evasión, que nada tiene que ver con la realización humana y las liberaciones intrahistóricas. No faltan sin embargo quienes, también revolucionarios y comprometidos en un cambio social para la realización auténtica o desarrollo integral de las personas y de los pueblos, creen que ese cambio no es posible sin recurrir a esas instancias incontrolables por la política; y esta convicción habla de Dios y de la religión.

Ya entre los mismos creyentes cristianos hay en Cuba -ocurre algo similar en otros países de América Latina- una buena dosis de sincretismo religioso. De una forma u otra todas las manifestaciones religiosas brotan en esa dimensión enigmática del ser humano que, al no tener solución para sus problemas, acude a la fuerzas misteriosas o divinas. Y como respecto a Dios siempre andamos de camino, las distintas manifestaciones religiosas deben ser acogidas con respeto, y actitud de escucha. Pero no todas las creencias y prácticas religiosas, incluso cuando llevan la etiqueta de cristianas, son siempre humanizadoras sino más bien mediaciones que someten y aminoran a las personas; depende todo de la divinidad que haya de fondo. Por otra parte, la tarea evangelizadora de la religiosidad no se reduce a esas actitudes de comprensión y acogida que por lo demás son elementales. El evangelio incluye un contenido; es buena noticia sobre Dios revelado en Jesucristo; y esta identidad novedosa debe ser transmitida, precisamente para salvaguardar la dignidad de los seres humanos y garantizar su crecimiento en humanidad.

La cuestión de Dios, que no es perceptible fuera del mundo cambiante, está siempre datada y situada; lleva sin remedio las marcas de una época y de una cultura. En la forma de comprender al hombre,

organizar su existencia, y establecer la jerarquía de valores, cada sociedad tiene su percepción de la divinidad y establece la relación con ella. En la existencia de cada uno, según hemos pasado por distintas etapas, han cambiado nuestra visión del mundo, la forma de interpretar al ser humano, y en consecuencia también nuestra percepción de Dios y de la religión. El cambio es más necesario y brusco cuando llega una nueva cultura o una nueva época como sucede hoy. Se está dando un cambio de paradigma, y es pertinente que nos planteemos si se puede hablar de Dios, de qué Dios hablar y cómo.

La postmodernidad es palabra susceptible de uso y de abuso en todas las direcciones. Para mí no es una especie de palabra mágica que lo explica todo. Significa un momento de duda y de búsqueda: "situación de la cultura después de las transformaciones que las reglas de juego de la ciencia, la literatura y el arte han sufrido desde finales del s.XIX"⁴. El progreso científico-técnico, tan característico del mundo moderno, prometía darnos la felicidad, pero no ha cumplido sus promesas y nos plantea nuevos problemas para los que la ciencia no tiene solución. La época moderna entra en crisis, y llega una nueva etapa de la misma, incapaz de darse nombre, que llamamos "postmodernidad". Se ha perdido la confianza en los grandes proyectos intrahistóricos que pretendían dar soluciones globales como son, por ejemplo en política, el capitalismo y el socialismo; han entrado la cultura del fragmento, la fiebre por lo cotidiano e inmediato. Sin embargo parece que esta etapa postmoderna sigue haciendo suyos los anhelos de la modernidad: autonomía y satisfacción de los derechos humanos fundamentales.

Este hombre moderno, que sale del anonimato, se atreve a pensar por su cuenta y toma la palabra, no acepta una trascendencia que se imponga desde fuera y reprima su inmanencia o subjetividad. En esta demanda y en esta negativa, Dios y la religión, percibidos como trascendencia que se impone desde arriba, son llamados a juicio y rechazados como alienantes. Fue la perfección de algunos filósofos ilustrados que defendieron el teísmo y de otros pensadores decimonónicos que, obsesionados por librar a la humanidad de los

⁴ J.F. Lyotard, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber* (Madrid 1987) 13.

dioses y religiones opresores, concluyeron en el ateísmo y secularización total. Este movimiento de la modernidad, bien notorio en los pueblos europeos, ha tenido y tiene también su eco en los pueblos de A.L. que, a lo largo de los últimos siglos, han venido pidiendo la libertad política, económica y cultural. Con su versión peculiar la situación de Cuba -y lo mismo se puede afirmar de otros pueblos latinoamericanos-, discurre por estos cauces de la modernidad en su etapa llamada postmoderna.

La nueva visión del mundo que ha ido cuajando en los últimos siglos, cuestiona sin remedio la imagen de Dios y de la religión que tenía vigencia en tiempos medievales. Ya en 1949 Teilhard de Chardín, constataba desde el ámbito científico: “indudablemente, por cierta razón oscura, alguna cosa no funciona en nuestro tiempo, entre el hombre y Dios tal como se le presenta hoy; actualmente todo ocurre como si el hombre no tuviese exactamente ante sí la figura de Dios que él quiere adorar”⁵. Da la impresión de que las imágenes de la divinidad fabricadas en los marcos de la cosmovisión griega, prevalecieron en la mentalidad de muchos cristianos e incluso en el discurso teológico de Contrarreforma, sin dejar paso a los nuevos paradigmas de la cultura moderna. Si aceptamos con objetividad la crítica de los filósofos ateos a Dios y a la religión, fácilmente se ve que el escándalo surge, no tanto porque Dios pueda existir, sino porque pueda existir dominando y reprimiendo a los seres humanos.

94

leyendo con detenimiento las razones del ateísmo proclamado por la llamada “izquierda hegeliana” y “los filósofos de la sospecha” en el siglo diecinueve, se intuye su intencionalidad humanista. Es conocido el juicio de Feuerbach: Dios no existe, pero esa no es la cuestión decisiva, porque sigue la idea de Dios en la mente de los seres humanos, desposeyéndolos e impidiendo que sean ellos mismos: “donde la vida celeste es una verdad, la vida terrestre es una mentira...; para quien cree en una vida celeste, eterna, la vida presente pierde todo su valor; más aún, esta vida ya ha perdido todo su valor; la creencia en la vida celeste es la creencia en la nulidad y en la ausencia de valor de esta vida, la terrestre”⁶. En sintonía con esta

⁵ *Le coeur du problème: Oeuvres V. L'avenir de l'homme* (París 1969) 339.

⁶ L. Feuerbach, *La esencia del cristianismo* (Salamanca 1975) 200.

herencia de Feuerbach, en el siglo pasado Paul Sartre comentaba: “el existencialismo no es un ateísmo en el sentido de que quedaría agotado con demostrar que Dios no existe; aunque Dios existiese, eso no cambiaría nada; no es que creamos que Dios existe, sino que pensamos que el problema no es el de su existencia; es necesario que el hombre se encuentre a sí mismo y se convenza de que nada puede salvarle de él mismo, ni siquiera una prueba válida de la existencia de Dios”⁷. Estos filósofos rechazan a Dios porque tienen la sensación de que la inmanencia del ser humano y su compromiso responsable por transformar al mundo, fenecen al contacto con la trascendencia. Alguien escribió: “cuando Dios se transforma en guardián del orden, el ateísmo se convierte en condición de la libertad personal y del cambio social”.

1.3 *El interrogante de fondo*

Las dos experiencias, en la sociedad española y en la sociedad cubana, así como una lectura de los anhelos que brotan en la modernidad y siguen pujando en la postmodernidad, avalan una conclusión: *lo que está en juego no es tanto si existe o no existe Dios, sino qué divinidad están negando los que se llaman ateos, y qué divinidad confiesan los que se dicen creyentes religiosos*. En mis inicios como profesor de filosofía, recuerdo el afán y el entusiasmo que puse para redactar unos apuntes de teodicea con las cinco vías de Santo Tomás para demostrar la existencia de Dios; el meticuloso y bien articulado discurso racional apenas valía para confirmar en su fe a los ya creyentes, pues en realidad la fe no se apoya en esas pruebas racionales que apodícticamente nada demuestran. Hoy nadie sensato intenta demostrar racionalmente la existencia de Dios como tampoco la negación de la misma. La cuestión primera no es la existencia de Dios sino el contenido de esta categoría: ¿se habla de una realidad que afirma y promueve la humanización, o de una divinidad que más bien la trunca y reprime?

En los tres últimos años he tenido la oportunidad de compartir, reflexionar e incluso dar cursos, con intelectuales no creyentes en

⁷ *L'existentialisme est un humanisme* (París 1946) 95.

Dios ni en la religión, pero científicamente serios y moralmente honrados con sus creencias. Al percibir lo que en realidad afirman y niegan, me he dado cuenta de que en el fondo no les importa si Dios existe o no; su preocupación es el ser humano, y rechazan cualquier trascendencia -imagen de la divinidad o práctica religiosa- que reprima o aminore la libertad y protagonismo de la persona. Se crea o no, la palabra “Dios” pertenece a nuestro lenguaje, y es necesario saber qué contenido damos a esa palabra. Porque la idolatría y la manipulación de la divinidad, siempre repercuten de modo negativo en la humanización de los hombres, es necesario el debido discernimiento sobre la condición del verdadero Dios. Ya decía Platón que lo más importante “es pensar correctamente a propósito de los dioses”⁸.

1.4 Desde dónde abordo el tema

Evidentemente hablaré sobre Dios desde mi fe cristiana dentro de la tradición dominicana. No hay más que una espiritualidad cristiana, cuya referencia es Jesucristo, revelador de Dios y del ser humano. Pero la única espiritualidad cristiana suscita distintas versiones, y una es la tradición dominicana. Domingo de Guzmán que, según sus primeros biógrafos, sólo hablaba de Dios o con Dios, siendo joven profesor en la universidad de Palencia, vendió sus apuntes más queridos para dar el importe a los pobres: “no quiero estudiar sobre pieles muertas mientras los hombres se mueren de hambre”. Tomás de Aquino, el gran maestro del s.XIII, escribió: “no ofendemos a Dios sino en cuanto actuamos contra nuestro propio bien”⁹. Con esa misma sensibilidad en el s. XVI los dominicos a quienes se unió Bartolomé de Las Casas, desde su experiencia de Dios, denunciaron a los conquistadores que oprimían a los indios: “¿acaso éstos no son hombres?”. Esa tradición dominicana conecta con la predicación de San Pablo en Atenas, ciudad plagada de dioses en cuyas aras se sacrificaban los hombres: “os anuncio al Dios desconocido, que no habita en templos contruidos por mano de hombre, ni tiene necesidad de que los hombres le sirvan, en quien existimos nos movemos y actuamos, el que a todo da vida y aliento”. Dios de y para los hombres. Un teólogo

⁸ Leyes X,888 b.

⁹ *Contra Gent. III, 122.*

dominicano contemporáneo escribió un libro cuyo título es bien elocuente: *“Los hombres, relato de Dios”*. En esta fe cristiana estoy convencido que nada puede humanizar más a la criatura que Dios mismo, que las verdaderas conquistas del hombre son siempre conquistas de Dios. Creer en la divinidad de Jesucristo no es cuestión especulativa ni de curiosidad, sino luz e impulso para que todos los seres humanos sean sujetos responsables y activos de su propia historia. Esa fe dilata las pupilas de nuestros ojos para situar en toda su radicalidad y universalidad algo que intuyó muy bien el pensador cubano José Martí, cuando escribió: “el hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro”; el hombre se supera infinitamente a sí mismo. Según la fe cristiana, hombre y mujer son imagen de Dios y en consecuencia sus derechos humanos tienen algo de divino.

Espero que, al final de esta reflexión, quede mostrada, aunque no demostrada, mi convicción: Dios revelado en Jesucristo, afirma y amplía el horizonte humano.

2. Dioses en que no se puede creer

Hay en nuestra existencia humana una dimensión enigmática que no podemos controlar y hace que seamos para nosotros mismos un interrogante indescifrable. Ante la incapacidad de dar respuesta, los hombres casi espontáneamente acudimos a las puertas de los dioses; en el frontispicio del templo de Efeso se hallaba la inscripción: “conócete a ti mismo”. Como a Dios nadie lo ha visto, cada uno fabricamos nuestra imagen de la divinidad hecha en cierto modo a nuestra medida. En esta etapa de la modernidad que nos toca vivir, *desde dos ángulos* se cuestionan y se derrumban por inaceptables algunas imágenes de la divinidad. Desde el anhelo de libertad y desde el clamor por la justicia que brotan en el proceso de la época moderna. Como resultado de ese proceso hay ya cerrados algunos caminos de acceso a la divinidad, pero al mismo tiempo la situación es confusa y necesita criterios claros de discernimiento

2.1 Desde el anhelo de autonomía y libertad

El Vaticano II captó bien un signo de nuestro tiempo: “el hombre sólo libremente puede convertirse al bien, con esa libertad que nuestros contemporáneos tanto estiman y buscan con entusiasmo”¹⁰. Este reclamo de la modernidad continúa en la llamada postmodernidad. Para esta nueva cultura ya no son de recibo algunas imágenes de Dios. Por ejemplo “el todopoderoso”: que favorece a sus fieles, y envía males a quienes no le obedecen. Ante tantas limitaciones que los seres humanos encontramos, de esta visión fácilmente se concluye que Dios es “tapagujeros” o “apagafuegos”, el que interviene y toma las riendas llenando nuestros vacíos y supliendo nuestras incapacidades. Por eso, cuando guarda silencio y sigue pasivo ante nuestros males y sufrimientos, o se pierde la fe, o se sigue creyendo pero con la sospecha de que nuestras oraciones no han logrado tocar la fibra sensible de la divinidad para que intervenga y arregle los entuertos.

Con frecuencia Dios es visto como legislador supremo, que ha trazado de antemano un programa de conducta, que dicta unas leyes y preceptos, que como señor feudal exige continuamente la sumisión incondicional de sus vasallos, cualquier transgresión de sus leyes atenta contra la obediencia que se le debe y acarrea un castigo ineludible. En esa percepción de la divinidad puede surgir la religión de personas esclavizadas a rezos y prácticas sacrificiales que desagravien la ofensa cometida. Un Dios y una religión que no dejan ser libres ni hacen felices a los seres humanos, ya no son creíbles.

Otros pretenden tener bien definida y acotada la verdad de Dios en unas fórmulas: señor infinitamente justo, poderoso, premiador de buenos y castigador de malos. Son verdades inmutables que, si llega el caso, deben ser impuestas con la fuerza y con la espada. Y no faltan quienes recurren a la violencia por otro camino, esta vez desde la revolución: Dios quiere bienestar para todos; como las situaciones sociales no cambian por las buenas, establezcamos el orden justo eliminando a quien sea y como sea. ¡Cuántas violencias, guerras y hasta homicidios en nombre de Dios y de la religión!

¹⁰ GS, 17.

Hay otras visiones de la divinidad aparentemente más inocuas. Relojero genial que ha puesto en marcha la maquinaria del mundo, arquitecto e ingeniero de la obra maestra que es la creación; director del gran teatro que significa la historia de la humanidad donde cada uno tenemos un papel que representar y Dios nos observa desde su palco de preferencia: programa, dirige, apunta fallos y aciertos para finalmente ajustar cuentas; esta vida es tiempo de prueba para ver cómo actuamos. Estas y otras visiones de la divinidad caen por tierra si de verdad creemos en la encarnación de Dios.

2.2 Desde el anhelo de justicia

También hay imágenes de la divinidad, fabricadas por los hombres y hechas a su medida, que no pueden ser aceptadas. Hace unas décadas seguí muy de cerca los documentos del Episcopado Latinoamericano y de la llamada “teología de la liberación” que tuvieron garra y recepción a mediados del s. xx. Doy por supuesto que hay distintas teologías de la liberación, pero ahora me fijo en la línea más representativa y aceptada por la Iglesia, incluso cuando el magisterio ha denunciado peligros. Su punto de partida fue la compasión ante la intolerable situación de las mayorías empobrecidas y su lógica indignación ante la injusticia institucionalizada en los pueblos latinoamericanos. La sensibilidad cristiana se deja impactar por el sufrimiento de los seres humanos, y el sordo clamor de los pobres cuestionó la posición de las iglesias en el proceso de liberación. Y como ellas tienen su referencia y criterio de juicio en Jesucristo, con buen fundamento los teólogos latinoamericanos pronto elaboraron una nueva reflexión cristológica, recordando que Jesús de Nazaret es el que juzga a la Iglesia, es su referencia inolvidable y llamada ineludible dentro de la situación inhumana sufrida en estos pueblos. Pero, al aceptar la conducta humana de Jesucristo como presencia y revelación de la divinidad, se redescubrió de nuevo al Dios encarnado, dueño de la vida que no soporta la injusticia y combate a los ídolos de la muerte que falsean la verdad del ser humano. La compasión y la opción por la causa de los pobres, que surgieron de modo espontáneo en el corazón de muchos, pertenecen a la experiencia de Dios revelado en Jesucristo, tienen inspiración teológica. En el fondo de las tensiones intraeclesiales quedaba flotando una pregunta: ¿qué divinidad estamos

anunciando los cristianos con nuestra fe y nuestras prácticas religiosas? La pregunta sigue ahí pues, independientemente de cómo se juzgue a la teología latinoamericana de la liberación, quedan los pobres y Dios que defiende su dignidad de personas humanas.

2.3 Desde otros ángulos

Los aires que respira el hombre moderno, ya no son aceptables imágenes de un Creador que se vuelve contra su criatura o permanece impasible cuando se atropella el valor de la misma. No puede ser verdadera la divinidad que niega, oprime o reprime la verdadera libertad del ser humano, pues Dios mismo lo ha puesto en manos de su propia decisión. Es falsa la divinidad invocada para defender los intereses de unos a costa de que otros mueran.

Pero con el derrumbamiento de estas imágenes, cuarenta años después del último concilio, la situación es muy confusa. Se dan algunos fenómenos que obligan a reubicar nuestra percepción de Dios. Ya he hablado de la mentalidad llamada “postmoderna”; Dios como principio y fin de todo no entra en su horizonte. Pero al mismo tiempo se da *un “extraño retorno” a lo religioso*. Va cediendo el ateísmo combativo -hoy se dice “agnosticismo”- y aunque la indiferencia religiosa es creciente, proliferan nuevos movimientos religiosos. A pesar de la secularización innegable, lo religioso emerge de nuevo, un poco al margen de las religiones positivas e institucionalizadas. Da la impresión de que los hombres no soportamos el desencantamiento del mundo porque no podemos silenciar esa dimensión enigmática que hay en nosotros. Pero ¿qué divinidad sustenta esas distintas manifestaciones de religiosidad?

Desde otro ángulo, si cabe con más fuerza hoy, se replantea *la cuestión de siempre sobre el mal*: ¿cómo Dios, siendo todopoderoso e infinitamente bueno, tolera impasible tantos males y sufrimientos de la humanidad? Mientras unos encuentran ahí un argumento firme para no creer en la existencia de Dios, otros más piadosos tratan de justificar el silencio de la divinidad sugiriendo que nos ha creado como experimento; con los males nos somete a prueba, y desde su trono contempla nuestra conducta para finalmente darnos premios o

castigos merecidos. Pero ¿de qué divinidad están hablando los que, al ver tantas desgracias, niegan la existencia de Dios, y los que tratan de disculparle?

Finalmente, hay otro fenómeno que, con distinta versión, se da en los pueblos europeos, fuertemente marcados por el proceso de secularización, y en los países latinoamericanos que han mantenido más la religiosidad. En los dos continentes *las prácticas religiosas fácilmente conviven con el desentendimiento de la justicia social*, con la despreocupación por los pobres, y con la recepción acrítica de unos valores antievangélicos que introyecta la ideología del neoliberalismo capitalista, sistema que cada vez se impone más como único posible. Hay justificadas razones para preguntarnos qué divinidad inspira y polariza esas manifestaciones religiosas.

3. La encarnación, clave para el discernimiento de Dios

Tomás entendió bien algo decisivo: “la religión cristiana tiene como fundamento la fe en la encarnación”¹¹. Este acontecimiento inaudito e inesperado, que se concretó en la vida, martirio y resurrección de Jesús y continúa de algún modo en la historia de cada ser humano, aporta una revelación nueva de Dios, que sin embargo sigue inabarcable y escondido en su misma cercanía. Ya indican esa novedad algunas referencias llamativas, y es decisiva la confesión cristiana sobre la divinidad de Jesucristo, que se desvela y plasma en la práctica histórica de Jesús.

3.1 Algunas referencias dan que pensar

Cuando en el Vaticano II, hace unas décadas, se abrió a la novedad del mundo moderno, y percibió *el reclamo humanista de los filósofos ateos*, concluyó: “en la génesis del ateísmo puede corresponder a los creyentes una parte no pequeña, en cuanto que, por el descuido de la educación para la fe, por una exposición falsificada de la doctrina, o también por los defectos de su vida religiosa, moral

¹¹ *I Contra Gentes I,4,34.*

y social, puede decirse que han velado el verdadero rostro de Dios y de la religión, más que revelarlo”¹². Treinta años después del concilio, Juan Pablo II, señala como interrogante decisivo para los cristianos: “¿qué parte de responsabilidad deben reconocer también ellos, frente a la desbordante irreligiosidad, por no haber manifestado el genuino rostro de Dios, a causa de los defectos de su vida religiosa, moral y social?”¹³. Uno tiene la sensación de que los cristianos, para combatir el ateísmo que surgió en el s. XIX, hemos pactado fácilmente con el teísmo, y hemos olvidado lo más original del evangelio: Dios revelado en Jesucristo. Una revelación novedosa e inesperada tan alejada del ateísmo como del teísmo.

La segunda referencia es de *un literato bien conocido*, agnóstico, que hizo época con su novela “El doctor Zivago”. En ella una vez se habla de Jesucristo; describe la sociedad greco-romana poblada de dioses e instituciones que ahogaban a las personas: “y he aquí que en aquella orgía de mal gusto, en oro y mármol, llegó el Galileo, ligero y vestido de luz, fundamentalmente humano, voluntariamente provinciano; desde este instante los pueblos y los dioses dejaron de existir y comenzó el hombre”¹⁴.

La tercera referencia es un diagnóstico que hizo el P. Congar sobre las causas de la indiferencia religiosa que cundía en la sociedad francesa ya en la primera mitad del siglo pasado: “a una religión sin mundo ha sucedido un mundo sin religión”. Si anunciamos una divinidad desencarnada, al margen o indiferente a la historia humana, es lógico que al final nos encontremos con una historia humana funcionando al margen de Dios.

3.2 La confesión cristiana en la divinidad de Jesús

Sucedee con frecuencia incluso a los mismos cristianos. A veces da la impresión de que, sabiendo ya de antemano quién es y cómo

¹² GS, 19. Por primera vez se reconoce de modo oficial la posible culpabilidad de los cristianos en la génesis del ateísmo; implícitamente también se acepta la existencia de un ateísmo inculpable.

¹³ Carta Apost. *Tertio Millennio adveniente*, en los umbrales del tercer milenio, n.36.

¹⁴ Barcelona 1959, 55.

es Dios, aplicamos a Jesucristo esas imágenes prefabricadas de la divinidad: es omnipotente, omnisciente, justa..., entendiendo esos atributos en la misma clave de nuestra lógica humana, sólo que infinitamente más elevados. Pero ¿qué nos ocurre? Al proyectar esas imágenes de la divinidad en Jesús de Nazaret, no cuadran: ¿cómo puede ser omnipotente si vivió como un pobre y murió crucificado como un malhechor? ¿cómo pudo ser omnisciente si ignoró muchas cosas y creció en sabiduría como los demás mortales? ¿cómo puede ser justo si guardó silencio ante los jueces que le condenaban injustamente? Esa conducta histórica de Jesús, cuya divinidad confesamos, tira por tierra nuestra imágenes de Dios, y entonces solemos negar la integridad humana de Cristo porque no es compatible con las imágenes de la divinidad forjadas en nuestras cabezas.

Durante las últimas décadas se ha dado *una recuperación de la humanidad de Cristo*. No sólo una recuperación de su historia gracias a valiosas investigaciones. También una recuperación teológica: sólo en “lo verdaderamente humano de Jesús” encontramos el camino hacia su divinidad. El es el rostro, la Palabra, el Hijo de Dios mismo: “quien me ha visto a mí ha visto al Padre”; en la conducta de ese hombre se percibe cómo es y cómo actúa Dios. Así lo confesaban los primeros cristianos: “a Dios nadie le ha visto jamás; pero el Hijo, que está en el seno del Padre, nos lo ha revelado”¹⁵. La encarnación es la humanización histórica de Dios, sólo perceptible en la historia del hombre. Por eso el camino de acceso a Dios debe partir de la humanidad de Jesús. No hay que comenzar desde arriba, por los atributos de Dios establecidos al margen de la encarnación. Hay que comenzar desde abajo, desde el hombre Jesús, y así vislumbrar la novedad inaudita de Dios.

En los primeros siglos de la Iglesia las herejías sobre la verdad de Jesucristo alternaban entre dos extremos: unos afirmando la humanidad a costa de la divinidad, y otros afirmando la divinidad a costa de la humanidad. Pero la confesión de la Iglesia fue clara: en Jesucristo la divinidad se manifiesta en la humanidad, y ésta encuentra su afirmación en la divinidad. Humanidad y divinidad van inseparablemente unidas, no como dos bloques, o dos pisos; en la humanidad,

¹⁵ Jn 1,18.

en la conducta histórica de Jesús, se hace presente Dios mismo y sólo ahí podemos vislumbrar cómo es y cómo actúa. Cuando en el siglo quinto la Iglesia confesó que en Jesucristo sólo hay una persona divina, con dos naturalezas -divina y humana- “sin confusión, sin división y sin separación”, no intentó formular verdades metafísicas para saciar la curiosidad filosófica, sino garantizar la novedad de Dios revelada en Jesucristo e invitarnos a la conversión o abandono de falsas divinidades¹⁶.

Confesando la divinidad de Jesucristo no separadamente sino en la humanidad histórica de Jesucristo, estamos aportando esa novedad inaudita. Dios se presenta con rostro humano. Antes que divinización del hombre, la encarnación es humanización de Dios; Dios se funde y confunde con lo humano, con lo último de lo humano. Dios no es contrario ni rival al ser humano, sino su afirmación; no es el omnipotente que se impone desde fuera, sino el más íntimo a nosotros que nosotros mismos; el trascendente que suscita nuestra inmanencia y nuestra libertad. La encarnación cambia nuestras visiones de Dios: la trascendencia no hay que entenderla hacia arriba sino hacia abajo; Dios es fuente de humanidad verdadera, somos sus imágenes; se presenta más humano, más débil y entrañable que nosotros; eso quiere decir “en todo igual a nosotros menos en el pecado”.

Desglosemos un poco estas implicaciones de nuestra fe para superar las mil idolatrias que nos salen al camino.

1. *Dejar a Dios ser Dios.* Si a Dios nadie le ha visto, y sólo el Hijo nos lo ha dado a conocer, una primera conclusión se impone: creer en la divinidad de Jesús supone un proceso de pobreza o liberación, *un continuo desasimiento de falsos absolutos* que todos, buscando seguridades, nos vamos fabricando. De ahí el interrogante: ¿estamos dispuestos a desmontar falsas imágenes del Absoluto, que vamos construyendo como, por ejemplo, el relojero del mundo que ha puesto en marcha la máquina y mira desde el cielo para ver como funciona? Urge dejar a Dios ser Dios y aceptar ese misterio de amor que nos habita -“en el cual existimos, nos movemos y actuamos”- pero que es siempre

¹⁶ Concilio de Calcedonia en el año 451: DS, 301.



mayor que todas nuestras creaciones. Ante lo nuevo no da seguridades, sino más bien confianza para salir de la propia tierra.

2. Los primeros cristianos entendieron el mensaje de la encarnación: “*apareció la bondad de Dios nuestro salvador y su amor a los hombres*”; “tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna”; en la encarnación Dios prueba que nos ama “cuando todavía somos pecadores”¹⁷. Dios es esencialmente bueno, “amor”, dirá el cuarto evangelista. En el evangelio no tiene cabida la imagen de Dios como juez extraño y terrible: “se manifestó la benevolencia, la filantropía, de Dios a favor de todos los hombres”. Este Dios encarnado no inspira miedo sino confianza.
3. La encarnación es *afirmación y garantía del ser humano*, de su autonomía y de su libertad. Según la metafísica griega - mediación conceptual de que se sirvió la Iglesia en el siglo quinto para confesar su fe cristológica- persona es el sujeto último y responsable, que da consistencia y unifica todos los valores, todos los proyectos y todas las acciones. Para expresar su fe en la divinidad de Jesús, la Iglesia confesó que en Jesucristo sólo hay una persona divina. Y esta confesión se concreta en dos vertientes: Está diciendo que Dios en Jesucristo apoya, unifica, da consistencia y promueve todo lo verdaderamente humano; se descarta una imagen de la divinidad rival de los hombres. Y hay otro aspecto importante: si aceptamos la encarnación en todo su realismo, debemos concluir que Dios, inabarcable, inefable y trascendente, se manifiesta en Jesucristo *más inmanente e íntimo a nosotros que nosotros mismos*, dando aliento para que seamos y actuemos.

Concretando aún más, el Dios revelado en Jesucristo *potencia nuestra autonomía y nuestra libertad humanas*. En la opinión de algunos era imposible que Jesucristo tuviera voluntad y libertad humanas, pues quedaban absorbidas por la voluntad y libertad divina. Pero el tercer concilio de Constantinopla en el año 681 mantuvo la confesión cristiana en la encarnación: la voluntad y libertad divinas en Jesucristo, lejos de anularlas o aminorar-

¹⁷ Tit 3,5; Jn 3,16; Rm 5,8.



las, afirmaron y perfeccionaron su voluntad y libertad humanas¹⁸. La conducta de Jesús no estuvo animada por unos preceptos venidos de fuera y de arriba, sino por una luz y una fuerza que brotaban de dentro; su autonomía fue la expresión de la “teonomía”, porque Dios estaba en él, porque le fue dado el Espíritu “sin medida”, fue totalmente libre pasando por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo¹⁹.

Este evangelio sobre Dios nos hace sensibles y nos abre a los anhelos más profundos de la modernidad. Los filósofos modernos rechazan una trascendencia que hace imposible la inmanencia; pero ese rechazo no tiene sentido si el Trascendente, más íntimo a nosotros que nosotros mismos, no aminora sino que desde dentro suscita e impulsa para que salgamos de nosotros mismos y nos relacionemos saludablemente con los otros, evitando así que la inmanencia degenera y se pervierta bajo el individualismo deshumanizante. En la sensibilidad moderna tampoco es aceptable la heteronomía o imposición desde fuera y desde arriba que sofoca la subjetividad, impide a los hombre ser ellos mismos, y elimina o reprime la libertad. Pero las cosas cambian si Dios está dentro de nosotros, y nos habla en el sagrario de nuestra conciencia, dejándonos siempre en manos de nuestra propia decisión²⁰.

4. *Solidario de la humanidad.* Sin duda influidos por visiones de la divinidad heredadas de la filosofía griega, ya en los primeros pasos del cristianismo, algunos negaban la realidad y la integridad humana de Cristo: siendo verdadero Dios, todopoderoso e impassible, su divinidad no podría participar la debilidad y las mil deficiencias que sufre la humanidad; como el evangelio dice que Jesús de Nazaret ignoró y sufrió como nosotros, hay que recortar su divinidad. En esa idea surgió una teoría: Jesucristo es superior a los demás hombres, pero inferior a Dios. Sin embargo la Iglesia confeso: es Dios desde siempre, se hizo realmente hombre sin dejar de ser Dios y sin detrimento alguno para la

¹⁸ DS, 556.

¹⁹ Hch 10,38; Jn 3,34.

²⁰ GS, 16 y 17.

integridad humana. “Consubstancial al Padre y consubstancial a nosotros”; *“en todo igual a nosotros menos en el pecado”*. Lo cual quiere decir: en todo igual a nosotros, aunque se distingue de nosotros porque siempre fue libre y solidario, nunca sucumbió a las idolatrias que nos separan de los demás. “De la misma substancia del Padre y consubstancial a nosotros” son dos referencias inseparablemente unidas. No hay filiación sin fraternidad. No hay experiencia del Dios revelado en Jesucristo sin apertura de amor a la humanidad.

5. *Vence en nosotros, con nosotros y desde nosotros al mal y al sufrimiento*. No cabía en la visión de la filosofía griega que la idea eterna, el motor inmóvil o la causa incausada puedan sufrir. Con esa visión, ya en el siglo segundo, un tal Celso veía la incoherencia de los cristianos cuando en sus celebraciones litúrgicas aclamaban a Jesucristo como Dios; y en el siglo cuarto el presbítero Arrio expresó la contradicción: Jesucristo no puede ser Dios porque, según el evangelio, ignoró y sufrió. Pero en el 325 el concilio de Nicea proclamó la novedad inaudita: Jesucristo es “Dios de Dios”, “Luz de Luz”, “Dios verdadero de Dios verdadero”; entre Dios y Jesucristo no hay distancias. Y sin embargo, sigue la confesión, *“por nuestra salvación, se encarnó, se hizo hombre, padeció y resucitó al tercer día”*²¹.

Según esta confesión, Dios no está fuera del mundo, apático ante los males, injusticias y sufrimientos, ni permitiendo esas desgracias para ver como nos portamos; ni mucho menos envía sufrimientos para que probemos nuestra fidelidad. Más bien está dentro de nosotros sufriendo con nosotros y venciendo en nosotros y con nosotros tantos males que nos acosan. Uno se pregunta dónde estaba Dios mientras Jesús se enfrentaba con su muerte injusta y moría como un criminal en la cruz. La carta a los hebreos da una buena orientación: “gracias al Espíritu eterno, Jesús se ofreció a sí mismo totalmente”; con otra versión, “en Jesucristo Dios estaba reconciliando consigo al mundo”²². Jesús se enfrentó con el sufrimiento y con la muerte “porque

²¹ DS,125.

²² Hb 9,14; 2 Cor 5,19.

Dios estaba en él” como amor, haciéndose cargo y cargando con el sufrimiento y la muerte; animando, sosteniendo e impulsando a Jesús para su entrega total por amor.

6. *Dios siempre mayor*. Es trascendente no porque viva detrás de las nubes sino porque nos desborda en su inesperada cercanía. La conducta del padre en la parábola del hijo pródigo y la del dueño que paga jornal completo también a quienes llegaron tarde al tajo, rompe todos los consensos sociales y nos deja fuera de juego. La encarnación sugiere una divinidad capaz de todo lo humano, un amor que apenas podemos vislumbrar, novedad insospechada que, de no ser cierta, parece locura y escándalo intolerables. Si creemos que Dios es trascendente, el absolutamente otro, no podemos definirle; ya los escolásticos insistían en que Dios no entra en los predicamentos aristotélicos. Sólo podemos referirnos a El por medio de símbolos o imágenes que se quedan en el terreno de las aproximaciones. La misma palabra Dios evocando al rey todopoderoso cuyo poder mágico soluciona todos nuestros problemas dispensándonos de nuestras responsabilidades históricas, o al juez supremo cuyos juicios medimos desde nuestras categorías de justicia, se puede prestar a equívocos. Y no se trata sólo de cambiar imágenes conservadoras, por otras más novedosas como Dios “libertador”; también aquí se trata de una imagen simbólica, una llamada crítico-profética para combatir y dejar que muera lo que no tiene futuro. Dejemos a Dios ser Dios en ese acontecimiento de la encarnación que rompe todos nuestros esquemas. En realidad se trata de lo que hace ya ocho siglos enseñaba Tomás de Aquino: los enunciados no agotan el contenido último de la fe; “lo que Dios es, sobrepasa a todo lo que entendemos de él”²³.

3.3 La conducta histórica de Jesús como “teo-praxis”

Esta palabra griega compuesta expresa bien lo que quiero decir: en su forma de vivir y de actuar Jesús gustó de la intimidad con el Padre, y manifestó lo que gustaba en su intimidad. Aproximándonos

²³ De *Potentia*, 7,5, sol 14.

a su espacio interior, se vislumbran en aquella singular experiencia tres rasgos que de algún modo concentran la percepción de la divinidad que confesamos los cristianos y acabamos de presentar.

1. *Dios es amor y no sabe más que amar.* En sí mismo es amor, comunidad donde la persona se realiza no dominando sino afirmando a las otras; eso quiere decir la simbólica trinitaria. Jesús gozó de esa cercanía benevolente de Dios que respiró en todos sus pasos y transparentó en su conducta histórica. Porque Dios estaba en él, “pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo”; movido por una misericordia entrañable, se sentó a la mesa con los pobres, interpeló a los poderosos arrogantes, y en su empeño por la fraternidad se mantuvo fiel hasta la entrega incondicional de su vida por amor. Dios revelado en la conducta histórica de Jesús es Alguien en quien siempre podemos confiar. Las primeras comunidades cristianas percibieron y vivieron esa novedosa revelación: “nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él; en el amor no hay miedo, pues el amor perfecto expulsa el miedo, porque el miedo mira al castigo y quien tiene miedo no ha llegado a plenitud en el amor”²⁴. A tantos tullidos por miedo a un juicio final viene muy bien esta buena noticia que inspira confianza: Dios es amor y no sabe más que amar.
2. *Es un Dios del reino.* Con un proyecto de amor y de vida para la humanidad y para la creación entera. El símbolo evangélico “reino de Dios” expresa lo que sucede en las personas y en los pueblos, cuando dejan que Dios-amor gratuito sea señor y norma de sus vidas. El campo del reino de Dios es el mundo, la entera familia humana con su entorno creacional. En este campo ya está sembrada la semilla que crece junto con las hierbas malas. En los lirios del campo y en los pajarillos que cruzan el espacio, en los ruidos del mundo, en el rostro de pobres y enfermos, en los conflictos de cada día e incluso en momentos de oscuridad, Jesús descubrió la presencia del Padre y vivió en actitud de adoración.

²⁴ 1 Jn 4,16-18.

Y habló del “reino de Dios”, un símbolo para expresar la utopía divina, lo que Dios quiere para los seres humanos: vida, dignidad, libertad, que sean felices. Precisamente por eso Jesús entra en conflicto con una religión obsesionada por deberes y cumplimientos en vez de preocuparse de responder a las necesidades de los hombres. Ni siquiera el Bautista entiende la conducta de Jesús y por eso envía dos discípulos para que le pregunten si es el Mesías o no; entonces Jesús responde: “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los pobres son evangelizados”. Un mesianismo muy extraño -¡dichosos los que no se escandalicen!-, pero ahí se manifiesta el rostro humano de Dios. Poco antes de su muerte pide para sus discípulos, no que Dios los saque del mundo, sino que, permaneciendo en el mundo, los libre de sucumbir al mal -“apetitos desordenados, codicia de los ojos y afán de poder”- que continuamente desfigura la faz de la tierra. Mientras caminamos en este suelo, podemos descubrir y gustar la epifanía o manifestación de Dios, amor encarnado. La fe cristiana abre los ojos de nuestro corazón para que descubramos la presencia de Dios en todas las cosas amándonos. Esa mirada nos permite ser contemplativos en los surcos de la historia.

3. En su forma de vivir y de morir Jesús transparenta la condición de Dios que *“siendo rico se hace pobre para enriquecernos con su pobreza”*. Se dejó impactar por la exclusión que sufrían pobres, enfermos, social y religiosamente descalificados; hizo lo que pudo por erradicar esa pobreza, pero tuvo que aceptar su propia pobreza viendo que no podía erradicar los males; en el musical “Cristo Superstar” hay un momento impresionante, cuando multitud de leprosos salen de sus cuevas tendiendo las manos escuálidas en busca de curación, y Jesús dice: “no puedo”; y sin embargo Jesús se entregó por la salvación de todos aceptando su pobreza y confiando en la bondad de Dios. En esa práctica histórica, limitada como todo lo humano, dejó abierto un camino para combatir y superar nuestros males: ser voluntariamente pobres, caminando con libertad ante las idolatrías del tener, del gozar y del poder; compartiendo cuanto somos y tenemos; manteniendo viva nuestra confianza en Dios. El compromiso en la construcción de la sociedad no significa triunfo

ni dominio histórico sobre las organizaciones o estructuras seculares, sino entrega en el amor y en el anonadamiento como signo y camino para que la sociedad secular encuentre soluciones más humanas²⁵.

En esos tres rasgos de su conducta Jesús de Nazaret plasmó y manifestó existencialmente quién es y cómo actúa Dios.

4. Para qué hablar de Dios, de qué Dios hablar y cómo

A Dios no tenemos acceso fuera de este mundo; por eso los interrogantes y las respuestas sobre la cuestión son siempre coyunturales, dentro de una determinada situación cultural e histórica. En nuestro caso es la situación mundial y cubana que nos toca vivir.

4.1 ¿Para qué hablar de Dios?

La palabra “Dios” ha sido y es tan manipulada que algunos prefieren dejarla descansar. Pero la palabra está ahí; según la revista-mos de un contenido u otro, puede ser liberación u opresión de los seres humanos; el contenido de esa palabra se articula en la cultura con incidencia social y política. Es fundamental pensar correctamente de los dioses, porque un falseamiento de la divinidad conlleva sin remedio el falseamiento del ser humano. En las culturas se instalan continuamente ídolos de muerte, que disponen a su antojo de las personas como señores absolutos, y urge proclamar que sólo Dios es el Señor. Con tal que este señorío sea interpretado no en continuidad con los señores de la tierra sino desde la lógica de la encarnación manifiesta en la conducta histórica de Jesucristo.

Por eso la cuestión decisiva es *de qué Dios hablar*. Y los cristianos confesamos que Jesucristo es Dios encarnado. Pero la encarnación es “continuada” pues en el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo ser humano²⁶. Esta visión cristiana amplía el horizonte. En su

²⁵ GS,11.

²⁶ GS,22.

conducta histórica y en su palabra Jesús de Nazaret nos mostró la divinidad encarnada. Como parábola de Dios, en sus parábolas Jesús expresó la presencia de lo divino en lo humano. En vez de teorías abstractas sobre la divinidad, nos dio la buena noticia sobre “el Dios del reino” que actúa siempre acompañando a la creación, que a todo da vida y aliento, que interpela desde los pobres, y cultiva la tierra de cada uno para que dé abundante fruto, abandonando unos su arrogancia y recuperando confianza otros que viven abatidos.

Si creemos en este Dios de la encarnación, *fuera de este mundo no hay salvación*, no podemos ser indiferentes a nada humano, y reaccionamos espontáneamente contra lo que amenaza o destruye a la humanidad. En consecuencia la fe cristiana conlleva encarnación en la cultura, ese dinamismo complejo y cambiante donde viven y se desarrollan los seres humanos. El hombre moderno en esta etapa llamada de la postmodernidad, al caer los proyectos utópicos globales, se queda con una identidad flotante y poco definida. Pretendió ser autónomo negando la trascendencia y se curvó sobre sí mismo enfermizamente, pero ahora se ahoga incapaz de trascendencia y tiene miedo a la nada. Las nuevas generaciones andan buscando ese camino que discurre entre la arrogancia de Prometeo y el desencanto de Narciso. En la clausura del concilio Pablo VI fue muy consciente de la situación cultural: a este hombre que pretende suplantar a Dios negando esa dimensión que le rebasa, la Iglesia le ofrece un Dios que se hace hombre en la condición de servidor²⁷; denuncia las funestas arrogancias e impulsa desde dentro a los humanos para vayan más allá saliendo de su propia tierra.

Dios, encarnado en Jesucristo, *es amor y no sabe más que amar*. Es urgente anunciar este señorío del amor en la vida de los seres humanos, cuando en nuestra cultura tratan de instalarse hoy falsos mesianismos, ídolos que disponen de las personas irreverentemente. Y ahora no me refiero sólo y especialmente a posibles abusos en el terreno político. En nuestra sociedad cubana están entrando muy sutilmente, junto con el paquete de modernización, los falsos absolutos del tener y gozar a costa de lo que sea y de quien sea, que

²⁷ Pablo VI, El Valor religioso del concilio en la clausura del concilio Vaticano II, 7 de oct. 1965.



instalan a los seres humanos en la superficialidad y acaban deshumanizándolos. Estas idolatrías nos arrancan el corazón de carne y hacen imposible la convivencia.

El evangelio de Dios encarnado y esencialmente bueno, que nos ama incluso cuando nosotros somos malos, sugiere algunas aplicaciones: Contra la idea muy activa en nuestra cultura de que salva el poder, los hombres necesitan hoy cambiar de mentalidad: lo que salva es el amor; y todo poder –económico, político, cultural o religioso; de las personas o de las instituciones- sólo tiene sentido como instrumento de amor y servicio a los demás. Otra concreción importante. Dios nos ama por nosotros mismos; su gloria incluye nuestra vida. Tomás de Aquino escribió: “Dios no busca su gloria para sí mismo sino para nosotros”²⁸. Esta condición de la divinidad revelada en Jesucristo tiene dos concreciones; no se impone a nadie racionalmente ni por la fuerza; respeta nuestra libertad que nos hace vivir como personas capaces de actuar sin creer en Dios. Por otro lado, el hombre postmoderno, celoso de su libertad, ha roto con todas las normas religiosas y prescinde cada vez más de Dios; pero no consigue ser libre y el individualismo le asfixia su capacidad de trascendencia sin saber cómo relacionarse con los otros y con su entorno creacional. Es aquí donde el Dios encarnado, lejos de ahogar la subjetividad, la inmanencia y la libertad humanas, las afirma, promueve y perfecciona. La divinidad revelada en Jesucristo no quiere esclavos que se postergan sino seres humanos libres que se arrodillan.

La tercera aplicación de un Dios encarnado como amor que nos ama aunque seamos pecadores, sugiere que los mismos cristianos revisemos nuestras prácticas religiosas que frecuentemente se ambientan en un esquema religioso común, tratando de aplacar a la divinidad y ponerla de nuestra parte, cuando, según el evangelio, Dios es más íntimo a nosotros mismos y está de nuestra parte antes de que le invoquemos. Hay aquí un buen filón para discernir la identidad del cristianismo en una sociedad como la nuestra plagada de dioses y de religiones.

Finalmente la encarnación continúa. Según el antiguo adagio patristico, la humanidad asumida nunca será abandonada. Contra

²⁸ II-II,132,1 sol.1.



una visión cerrada de la historia humana, y ante los profetas de calamidades que sólo ven futuros desgraciados, la fe cristiana en la encarnación ilumina el horizonte para que descubramos en todos los acontecimientos la presencia del Espíritu que desde dentro, y promoviendo la libertad de los humanos, va conduciendo a la historia de la humanidad y de la creación hacia su plena realización.

4.2 *Cómo hablar de este Dios encarnado*

Jesús de Nazaret no inventó nuevas teorías sobre Dios; no fue un intelectual con ideas geniales sobre la divinidad. Experimentó a Dios como amor y trató de manifestar esa experiencia en una práctica de vida como buena noticia o evangelio para todos. Esa conducta de Jesús nos permite hacer algunas aplicaciones.

1. *A partir de la experiencia creyente.* La revelación bíblica no es un elenco de verdades abstractas sino una historia de salvación contada en relatos históricos de personas que vivieron la presencia y la intervención de Dios dentro de una cultura y en una situación determinada. Jesús de Nazaret es la parábola, el relato definitivo de Dios, que intenta por todos los medios, con lenguaje poético y simbólico, narrar su experiencia; es tan intensa que agota todas las imágenes: “a qué compararé el reino de los cielos”. Hoy estamos en una cultura donde los grandes proyectos utópicos y las formulaciones abstractas pierden credibilidad y no tienen garra. Cada vez será más inútil hablar de Dios encajado en unas fórmulas inmutables para que los hombres presen adhesión intelectual y sumisa. En un momento difícil de su misión evangelizadora, Pablo justifica por qué sigue adelante: “creí y por eso hablé”²⁹. Sólo desde una experiencia de fe, no tanto y sólo como creencia, sino como encuentro interpersonal, es posible hablar de Dios. Ha pasado el tiempo de la apologética; la verdad no se impone si no es por la fuerza de la misma verdad hecha vida.

²⁹ 2 Cor 4,13.

2. *Desde la realidad humana.* En la Biblia se prohíben las imágenes de Dios porque su imagen verdadera es el hombre. Jesús de Nazaret dejó bien claro que la mediación para encontrarnos con Dios no son los templos de piedra sino el ser humano; en la encarnación del Verbo esta buena noticia se proclama con un realismo insuperable. Con razón Juan Pablo II concluyó que “el profundo estupor ante la dignidad del hombre se llama evangelio”³⁰. Luego ahí, en los seres humanos, tenemos el punto de partida para hablar de Dios. Ya son bien elocuentes los encuentros de Jesús con Nicodemo, con la samaritana, o con Zaqueo. Si el hombre supera infinitamente al hombre, como decía Pascal, debemos escuchar ese latido, ese “más” indefinido e insatisfecho del hombre actual. Hay que leer los signos de nuestro tiempo y discernir la esperanza que despunta desde dentro de esta sociedad para ser servidores pacientes y creativos de la misma. Jesús de Nazaret hizo suyos los anhelos de liberación que respiraban sus contemporáneos para ofrecer la salvación de Dios que conecta y da sentido a la vocación más profunda del ser humano. La fe en el Dios verdadero es “signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana”³¹. Como respecto a Dios todos andamos de camino, y para hablar de El hemos de ponernos al nivel y en la comprensión del que nos escucha.

El Dios revelado en *Jesucristo no es rival ni contrario al ser humano*; hay en todo hombre y en toda mujer un amor incondicional que los envuelve, algo verdadero, bueno y amable. Partiendo de ahí nada humano puede ser ajeno a los discípulos de Cristo, y el diálogo entendido como amor, aceptación, escucha y respeto al otro pertenecen a la experiencia cristiana sobre Dios. Nada tienen que ver con esta fe, actitudes de reserva o de recelo; no hay que ir hacia el otro con la escopeta cargada sino con el corazón abierto. La experiencia del verdadero Dios se traduce y se manifiesta en una profunda estima por el hombre, por su entendimiento, su voluntad, su conciencia y su libertad”³². El Dios revelado en Jesucristo es solidario de la humanidad, y

³⁰ Enc *Redemptor hominis*, 10.

³¹ Exhort. *Ecclesia in America*, n.27.

³² Ib. 12.

está dentro de la misma participando sus limitaciones y superando el sufrimiento que la desfigura.

3. *En una práctica de vida.* Jesús de Nazaret no habla de Dios con teorías, sino en su conducta histórica, una “teopraxis”; la gente se admiraba con esta nueva forma de hablar; con autoridad, no diciendo una cosa y haciendo otra, sino actuando siempre coherentemente. Concretando un poco más, esa conducta de Jesús revistió tres rasgos que van íntimamente unidos: misericordia o compasión eficaz, apasionamiento por la comunidad de personas libres y felices -reino de Dios- y opción por los débiles y excluidos. Fuera de una conducta histórica que haga palpables de modo inseparable los tres rasgos, no es posible hablar de Dios revelado en Jesucristo.

Esa práctica *debe re-crear la conducta histórica de Jesús*. Si no respiramos sentimiento de misericordia, tampoco hablaremos del verdadero Dios; pero misericordia no es sólo un sentimiento superficial y esporádico; es un amor entrañable ante la miseria humana que implica espontáneamente un compromiso histórico por superar esa situación inhumana. Con mucha frecuencia traemos el texto de 1 Jn 4,7: “el que ama conoce a Dios porque Dios es amor”. Pero no es menos importante otra afirmación de la misma carta 2,29: “quien hace justicia conoce a Dios que es justo”. Sólo ama de verdad a Dios el que en situaciones de injusticia se compromete por establecer justicia.

Ya la revelación bíblica presenta la dimensión divina de los seres humanos diciendo que son imagen de Dios; y esta visión se afianza en la encarnación pues de algún modo el Hijo de Dios se ha unido a todo hombre. En esta fe los derechos humanos tienen algo de divino y el compromiso histórico por la satisfacción de estos derechos es una forma elocuente de hablar sobre el verdadero Dios. Es verdad que la religión no se reduce sin más a una ética por los derechos humanos, pero también es verdad que, según el apóstol Santiago, la verdadera religión “consiste en socorrer a los huérfanos y a las viudas en sus dificultades”³³. Quiere decir que no es verdadera

³³ Sant 1,27.

la religión que no incluya esta dimensión ética. ¿No afirma el Vaticano II que la fe abre nuevos horizontes que inspiran soluciones más humanas en economía y política? Y cómo será posible esta apertura si quienes pretenden ser testigos de esta fe no entran en estos ámbitos participando con los demás mortales de gozos y esperanzas, fracasos y logros de sus contemporáneos?

Según la fe cristiana en la encarnación, *Dios se hace cargo y carga con el sufrimiento humano*, trabajando a los seres humanos desde dentro para que no se dejen abatir por el mal. Luego sólo se puede hablar de este Dios, combatiendo las fuerzas del mal, haciendo lo posible por vencer al sufrimiento, y no aceptar nunca la complicidad con las causas que lo provocan. Si queremos hablar del Dios verdadero no podemos quedar en planteamientos abstractos sobre el mal; hay que combatir el sufrimiento porque Dios quiere la felicidad de los seres humanos. Sigue teniendo vigencia para la Iglesia y para todo el que pretenda ser testigo del verdadero Dios la recomendación del Sínodo 1971: “hay que estar presentes en el corazón del mundo predicando la buena nueva a los pobres, la liberación a los oprimidos y la alegría a los afligidos”³⁴.

Pero nuestros contemporáneos están hartos de promesas y de palabras vacías. También de palabras religiosas. Hoy las palabras han perdido valor, y más aún las palabras religiosas. El hombre contemporáneo escucha con mayor gusto a los que dan testimonio con su forma de vivir que a los que enseñan; y si escucha también a los que enseñan es porque dan testimonio. La forma inequívoca de hablar sobre el Dios revelado en Jesucristo es el compromiso de los cristianos que, animados por el Espíritu, arriesgan cuanto son y cuanto tienen allí donde se juega la vida de los seres humanos³⁵.

El futuro de la Iglesia y de todo el que pretenda hablar del Dios verdadero se apoyará no tanto en discursos muy razonados ni en instituciones muy organizadas sino en la mística o experiencia personalizada de eso que llamamos gracia y se hace práctica existencial.

³⁴ *La justicia en el mundo*, intr.

³⁵ Exhor. *Evangelii Nuntiandi*, 41; enc. *Oct.Adveniens*, 51.

Termino esta reflexión en voz alta desde y en la situación cubana; estoy convencido de que es aquí urgente, posible y condición de salud anunciar el evangelio cristiano sobre Dios. No para reprimir o ahogar logros y esperanzas que, de forma confusa, bullen y puján dentro de los cubanos, sino para reconocer, fundamentar y perfeccionar esa humanidad todavía insatisfecha, a veces jadeante, y siempre a la espera de plena realización.

En estas reflexiones he intentado sugerir que creer en la divinidad de Jesús no es cuestión especulativa ni de curiosidad; más bien implica un novedoso cambio en nuestras imágenes sobre Dios que sólo se manifiesta como afirmación del ser humano y de su entorno creacional, y suscita un imperativo ético: el empeño indomable por un mundo en que todos los hombres y mujeres, todos los pueblos, sean sujetos activos y responsables de su propia historia.